



5.

LA TRANSICIÓN ENERGÉTICA QUE FAVORECE LA PAZ

Dos recursos clave de los que debemos liberarnos para construir la paz son el gas y el petróleo. El descubrimiento de yacimientos petrolíferos a finales del siglo XIX dio un gran impulso al crecimiento económico de todos los países industrializados porque los combustibles fósiles son extremadamente versátiles.



Además de poder utilizarse como combustible en los vehículos a motor, pueden emplearse para producir electricidad, que a su vez puede aplicarse en todos los ámbitos del mundo productivo y doméstico.

Por desgracia, no hay recurso más manchado de sangre que el petróleo, sobre el que recae además la culpa de la aceleración del cambio climático. Hoy en día cuando esta responsabilidad está clara, se están llevando a cabo una serie de transformaciones para obtener electricidad de fuentes alternativas, pero no todas las alternativas son iguales. Hay algunas que amenazan con llevarnos de nuevo a los brazos de las guerras. Una de ellas es la energía nuclear porque utiliza uranio como combustible. Un material que, además de plantear problemas de seguridad durante milenios, vuelve a ser un recurso escaso que puede desencadenar conflictos por su control.

Las únicas alternativas energéticas libres de conflictos son las renovables descentralizadas. El sol y el viento son recursos que la naturaleza pone gratuitamente a disposición de todos y que cualquiera puede explotar sin quitar nada a nadie. Esto crea una independencia que al mismo tiempo nos hace menos ansiosos, por tanto, menos agresivos y más proclives a la cooperación internacional.

Si nos diéramos cuenta de que los recursos renovables no bastan por sí solos para proporcionarnos toda la energía que teníamos antes, deberíamos tomarnos una pausa para reflexionar. Deberíamos preguntarnos si realmente necesitamos toda la energía que demandamos o si más bien no hemos caído en una vorágine de locura que ha hecho del consumismo el pilar sobre el que se sostiene toda la maquinaria, no sólo económica sino también social, dado que el trabajo de cada uno de nosotros depende del grado de voracidad consumista que seamos capaces de expresar colectivamente.

